



Algunos de los alumnos de la Escuela Municipal de Vela, saliendo del puerto deportivo El Candado. / ANTONIO PASTOR

Grumetes despliegan velas en El Candado

La Escuela Municipal y el club náutico tratan de rescatar la cantera de este deporte con un proyecto de la Fundación Deportiva con clases a menores de entre 6 y 12 años

JESÚS ORTIZ GARCÍA / Málaga
Con gorra y gafas de sol, el Rey Juan Carlos I a bordo del *Bribón* ofrece una de las estampas más típicas del verano. Pero el hecho de que la Familia Real practique la vela y de que sea un deporte que cuente con campeones del mundo y medallistas olímpicos en España, no ha servido de anzuelo para que los más jóvenes se interesen por esta práctica, al alcance del bolsillo de un grupo reducido, desconocido por muchos y cuya base no pasa por su mejor momento. Para rescatar la cantera de esta modalidad náutica, clubes como El Candado se aferran para que los grumetes desplieguen velas en la bahía de Málaga.

En esta instalación malagueña cada fin de semana se dan cita 54 menores de entre 6 y 12 años con el objetivo de revitalizar una práctica en decadencia en lo que a la base se refiere. Aglutinan a niños que recogen el legado de sus padres aficionados a la vela, pero la

gran mayoría son alumnos neófitos en la materia.

En un año han duplicado el número de interesados en formar parte de este proyecto y tienen incluso una lista de espera con otros 20 pequeños. «Málaga reúne las condiciones climatológicas perfectas para navegar durante todo el año y por ello intentamos que la ciudad no viva de espaldas al mar», explica Pablo Iribarne, uno de los monitores de la escuela municipal.

La vela es una modalidad que lucha por deshacerse de los tópicos que le rodean. La mejor manera, acercarla a los más pequeños potenciando su práctica. «Pretendemos eliminar la etiqueta de elitista que lleva. El niño de cualquier clase social puede iniciarse en este deporte, les ayudamos materialmente en todo lo que está en nuestras manos, pero es un deporte caro cuando quieren vivir profesionalmente de ello», apunta Iribarne.

El principal objetivo del proyecto, nacido de un convenio con la

Fundación Deportiva del Ayuntamiento de Málaga, es que los alumnos se diviertan en las embarcaciones y no el de una enseñanza enfocada a gestar regatistas de elite. «Aunque el 95% de los chicos decide seguir aprendiendo cuando acaban el curso y empiezan a ver la vela desde una perspectiva más competitiva», puntualiza.

Se divide en tres departamentos: en el primero están los que se inician en la vela, después aparecen las clases de perfeccionamiento y por último, el equipo de regatas, que es el que participa en las competiciones provinciales, nacionales e internacionales.

En las primeras clases se les enseña el vocabulario marino, el manejo de velas, las partes del barco, los aparejos, las formas de ver el viento y los nudos. Se aprenden los rumbos y las principales maniobras, pero sobre todo, se incide en el compañerismo y el trabajo en equipo. «Tienen que afrontar retos como estar solos en una embarca-

ción o mejorar su equilibrio para navegar. Ayuda mucho en la formación de la personalidad de los alumnos. Incluso, los más tímidos e inseguros se convierten en jóvenes con una personalidad más firme», sostiene el monitor.

Tras una reunión donde se expone el plan trazado para la jornada, los grumetes preparan los *Optimist* –el barco de iniciación de apenas dos metros donde chicos y chicas compiten en igualdad de condiciones–, se enfundan los trajes de neopreno, las botas y chalecos y enfilan para salir al mar. Los más imberbes forman una hilera y son guiados por los de mayor experiencia, seguidos de cerca por los monitores en varias zodiac.

En ese grupo de perfeccionamiento se encuentra Javier Jiménez, de 10 años: «Para mí la vela es emoción, aventura y destreza, disfruto cada vez que salgo a navegar». A su lado, Juan Conte, que lleva casi cuatro años vinculado a este deporte, añade: «Lo que más

me gusta es que estoy siempre en contacto con el viento y el mar. Es un reto constante de superación y hace que me sienta libre».

«Me sorprende la soltura que adquieren timoneando los barcos en poco tiempo», afirma Iribarne. Cuando los bisoños regatistas manejan las primeras claves de la vela, se organizan pequeñas regatas junto al club El Candado para evaluar en qué nivel se encuentran. «Gracias a las ayudas del Ayuntamiento empieza a brotar de nuevo la cantera. Somos el segundo club de Andalucía con más niños de iniciación. El próximo reto es llevar la vela a los colegios, pero hace falta una mayor infraestructura», apostilla.

«Queremos eliminar la etiqueta de elitista, aunque la vela es un deporte caro», dicen

Además de destilar su faceta pedagógica, Pablo Iribarne también se dedica profesionalmente a este deporte náutico. Con 8 años probó, picó y no paró. «Lo que más me seduce es la melodía del barco cuando se abre camino en el agua. Me transmite tranquilidad», explica.

Ya lleva dos décadas regateando, en las que ha logrado un palmarés nutrido en competiciones náuticas. «No he conseguido grandes logros pero siempre he mantenido una regularidad», asegura.

El pasado febrero logró un quinto puesto en el Campeonato de Andalucía a pesar de participar con un barco de menor calidad que el de sus rivales. En breve adquirirá una embarcación con la que aspira a entrar en la selección española olímpica. «Es mi sueño y no pararé de trabajar hasta lograrlo», enfatiza.

Para ello tendrá que superar varios retos como la Copa de España, el Criterium Nacional en Murcia o el Campeonato de España. «Si en las tres regatas quedo entre los cinco primeros, los técnicos de la selección se fijarán en mí», afirma.

Iribarne se siente un afortunado en el complicado mundo de los deportes náuticos por tener patrocinadores –Copicentro, Gimnasio O2, Amasur SL y Milenio Montymarq– que le permiten participar en competiciones. «Es imposible dedicarse a esto si no tienes patrocinadores o si no tienes un estatus económico elevado», subraya.